

NACER ARISTÓCRATA, CRUZAR EL OCEANO, PENSAR LA DEMOCRACIA...

A PROPÓSITO DE UN PAR DE PUBLICACIONES RECIENTES SOBRE ALEXIS DE TOCQUEVILLE

JOAN J. ADRIA I MONTOLIO¹¹¹

Resumen: Desde la segunda mitad del siglo XX Alexis de Tocqueville se ha convertido en un clásico dentro del canon del pensamiento occidental, rescatado, a menudo por los intelectuales del neoliberalismo-conservador. Ha sido considerado “nuestro contemporáneo” gracias a sus “atisbos sociológicos” y su capacidad para pronosticar la crisis de la sociedad actual. Frente a esta idea se alza airoosamente el francés Lucien Jaume con *Tocqueville. Los orígenes aristocráticos de la libertad*.

Abstract: *Subsequent to the second half of the twentieth century Alexander de Tocqueville became a classic within the canon of Western thought, often rescued by the intellectuals of conservative neoliberalism. He has been considered ‘our contemporary’ due to his ‘sociological glimpses’ and his ability to predict the crisis of today’s society. The French Lucien Jaume stands up to this idea with Tocqueville: The Aristocratic Sources of Liberty.*

88

Palabras clave: Tocqueville, Democracia, Historiografía

Keywords: *Tocqueville, Democracy, Historiography*

El 23 de mayo de 1962 Jacob Peter Mayer, a la sazón responsable de la edición de las *Œuvres Complètes* de Alexis de Tocqueville iniciada en 1951 por la editorial parisina Gallimard, pronunciaba en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad de Madrid una conferencia que fue publicada poco después por la *Revista de estudios políticos* con el título “Alexis de Tocqueville, contemporáneo nuestro”.¹¹² Como es sabido, la *Revista* era el principal escaparate del Instituto de Estudios Políticos, un organismo oficial que el general Franco había creado en 1939 con el objetivo de investigar “con criterio político y rigor científico los problemas y manifestaciones de la vida administrativa, económica, social e internacional de la Patria”, y al que encomendaba tareas de “formación política superior de elementos destacados en las nuevas generaciones”. Y como es sabido también, en aquel día primaveral en que Mayer hablaba a los estudiantes madrileños, el director del Instituto era, desde seis años atrás, Manuel Fraga Iribarne, influyente catedrático de la facultad que acogió la disertación, y al que en el breve plazo de unas semanas –en julio– el omnipotente dedo del dictador

¹¹¹ Doctor en Geografía e Historia por la Universitat de València (1990).

¹¹² Núm. 127, 1963, pp. 19-27.

habría de señalar para adjudicarle el cargo de ministro de Información y Turismo. Un director, pues, a punto de dejar de serlo y que, por aquel entonces, decía concebir la función primordial del organismo aún bajo su mando como “la acumulación de materias sobre temas políticos de todo el mundo” –Fraga hablaba así– y presumía de las “prestigiosas figuras nacionales y extranjeras” que colaboraban con su Instituto.¹¹³

Mayer era un competente estudioso nacido en Alemania en 1903, que había militado en su juventud en el SPD, había participado en actividades antinazis (él y su esposa llegaron a ser detenidos por distribuir propaganda ilegal) y había salido de su tierra natal (de “vacaciones”, pero para no volver) aprovechando el momentáneo relajamiento de la política represiva hitleriana que acompañó en 1936 a los Juegos Olímpicos de Berlín. Instalado desde ese año en Inglaterra, Mayer acabó convertido en ciudadano británico, en profesor de la University of Reading y, obviamente, en uno de los más reputados especialistas en Tocqueville de su tiempo.¹¹⁴ No cabe duda de que Fraga no presumía sin motivo. Ni de que, dos años después de la visita absolutoria a Madrid del presidente Eisenhower, una visita que consagró la promoción del régimen franquista a satélite –poco vistoso, eso sí– de los Estados Unidos de América por obra y gracia de las conveniencias de la guerra fría, el aire que se respiraba en España ya no parecía demasiado sofocante a antifascistas con el limpio historial del profesor germano-británico. Otra cosa es cómo lo encontraban y respiraban los antifascistas –los “desafectos”, contumaces o sobrevenidos– de casa, o cómo no lo podían respirar los que seguían en el exilio.

¿Qué hacía de Tocqueville un “contemporáneo nuestro”, según Mayer? Por un lado lo que podríamos calificar, ya que él no lo hace, de ambigüedad –o ambivalencia– política: “Los ismos de nuestros años jóvenes –afirmaba con contundencia el antiguo socialdemócrata– están muertos. Ni el conservadurismo ni el socialismo parecen responder a las preguntas que nuestro tiempo presenta y, por consiguiente, es natural que nuestro interés se vuelva hacia un pensador al que siempre ha sido difícil clasificar”. Y remachaba: “Tocqueville no fue ni ‘de izquierdas’ ni ‘de derechas’ y esto constituye probablemente la razón principal de que, hasta tiempos bastante recientes, el pensamiento político francés se mantuviese alejado de Tocqueville”.¹¹⁵

“Ni de izquierdas ni de derechas”. Uno se imagina a Fraga y a sus amigos (a años luz por aquel entonces de describirse como “de centro”) frotándose las manos al descubrir que el lábil “tercerismo retórico” que permanecía amarrado en las entrañas del franquismo –y que era herencia aún no rechazada del “tercerismo utópico” falangista, que se quería anticapitalista y antisocialista a un tiempo, un componente ideológico

¹¹³ Todos los entrecomillados proceden de la entrevista que Manuel Adrio realizó a Fraga para el ABC de Madrid publicada en el ejemplar del diario del 10 de marzo de 1962.

¹¹⁴ Extraigo estas referencias de la necrológica que publicó *The Independent* de Londres el 9 de diciembre de 1992.

¹¹⁵ “Alexis de Tocqueville, contemporáneo nuestro”, pp. 19-20.

inequívocamente fascista— podía encontrar compañeros de viaje de la calidad de Tocqueville. No importa que la afirmación de Mayer mereciera ser tomada con cuidado: el autor de *De la démocratie en Amérique* no fue un estudioso aislado en la torre de marfil de su gabinete, sino un político muy activo que no jugó a las equidistancias, un defensor de la democracia (que era palabra que en la época no reducía su significado al simple objetivo político de defender el sufragio universal) a pesar de formar parte del llamado “partido del orden” durante el período que siguió a la revolución de 1848, que fue muchos años diputado antes y después de esa fecha, y que llegó a ser ministro de Asuntos Exteriores en 1849. Un liberal atípico que, hostil al golpe de estado que acabaría por convertir en emperador de los franceses al hasta entonces presidente de la República, Luis Napoleón Bonaparte, hizo de su abandono de la vida pública un acto dotado de irrefutable valor político:

Jamás he deseado el poder, sino la reputación. La mía está mezclada de una forma indisoluble con las ideas y las instituciones liberales. Unirme, aunque sea de una forma indirecta, al gobierno que las destruyó en mi país, hacer creer que me voy a unir a él, es rebajarme en la estima de la opinión pública (...) No tengo nada mejor que hacer, por el momento, que retirarme a un lado y escribir. Esto mismo ya es política, ya que, como podrá figurarse muy bien, en mis escritos no voy a ocuparme de los medas o los asirios, y mis sentimientos y mis ideas se abrirán paso a cada página.¹¹⁶

90

¿Fue de izquierdas o de derechas? Mario Tesini, historiador de las ideas políticas en la Università degli Studi di Parma quizá resumió mejor que nadie la posición de Tocqueville al describirlo como un hombre que se movía entre la izquierda y la derecha en un momento en que estos conceptos estaban en estado naciente.¹¹⁷ Y, a mi parecer, cualquier otra respuesta a esa pregunta requiere un amplio uso del matiz: en la Francia de su tiempo, los legitimistas, nostálgicos del absolutismo, los bonapartistas y los doctrinarios guizotianos lo verían, sin duda, como un liberal un poco raro situado generalmente a su izquierda; la mayoría de los republicanos y los socialistas, a su derecha, muy a su derecha. De hecho, cuando fue elegido por primera vez diputado, en 1839, Tocqueville intentó sentarse en los bancos de la izquierda, algo que no logró, de manera que quedó instalado en el centro-izquierda.

En la España coetánea la cosa estaba más clara: cuando apareció en Madrid *De la democracia en América*, traducción que salió de la imprenta de José Trujillo, hijo, en 1854 (el año de la Vicalvarada y el retorno al poder de los progresistas), iba acompañada de un estudio “Sobre el carácter democrático de la sociedad española” escrito por Eduardo Chao, a la sazón importante figura del grupo más a la izquierda del liberalismo español, el demócrata, y que llegaría a desempeñar la

¹¹⁶ Carta de Tocqueville a su padre de 24 de julio de 1852. Cit. por MICHEL WINOCK, *Las voces de la libertad*, traducción de Ana Herrera, Edhasa, Barcelona, 2004, p. 397.

¹¹⁷ *Tocqueville tra destra e sinistra*, Lavoro, Roma, 1997.

cartera de Fomento en la Primera República Española, con Nicolás Salmerón de presidente. Es evidente, pues, a qué zona del espectro político interesaban aquí sus doctrinas. Lo que no era, en todo caso, este liberal-conservador –me refiero, claro está, a Tocqueville– de familia aristocrática, espíritu inquisitivo y mente abierta, es ningún precursor de regímenes totalitarios o cuasi-totalitarios, por más que no haya que ocultar sus ambigüedades: “Me gustan –escribió por ejemplo en 1841– las instituciones democráticas si uso la cabeza, pero soy aristócrata por instinto; es decir, que le tengo desprecio y miedo a la muchedumbre”.¹¹⁸

Uno se imagina, igualmente, a otro futuro ministro de Franco –en este caso de Obras Públicas entre 1970 y 1974– metido a pensador, Gonzalo Fernández de la Mora, relamiéndose de gusto ante la taxativa afirmación mayeriana de que “los ismos de nuestros años jóvenes están muertos” y se muestran incapaces de “responder a las preguntas que nuestro tiempo presenta”. En 1965 Fernández de la Mora había de publicar *El crepúsculo de las ideologías*,¹¹⁹ quizá el libro que más hizo por dar una base teórica a la “tecnocracia” tardofranquista. Un libro que, al menos en su título, recordaba a otro que el sociólogo norteamericano Daniel Bell había publicado en 1960, *El fin de las ideologías*.¹²⁰ Faltaban muchos años para la ruidosa caída del muro de Berlín, pero la visión triunfal del capitalismo, la que se resumiría en *The End of History* del reaganiano Francis Fukuyama,¹²¹ ya se divisaba en el texto pionero, y cabe decir que crítico, de Bell, y parecía que quería comenzar a flotar en el ambiente de aquella primera mitad de los años sesenta (la segunda mitad fue bien distinta). Da la impresión de que Mayer absorbía los incipientes influjos adormecedores que impregnaban ese ambiente en el mundo anglosajón. Gonzalo Fernández de la Mora, a su manera y desde su rocosa periferia carpetovetónica, también. Aunque para este franquista impenitente la tecnocracia capitalista y la democracia sin adjetivos no bailaban pegados como el mar con los delfines: no olvidemos que la mendaz “democracia orgánica”, inventada por la dictadura del general superlativo, no tuvo nada de democrática, ni que cuando fue elegido diputado al Congreso por Pontevedra en 1977, en las listas de Alianza Popular, Fernández de la Mora fue uno de los seis –nada más que seis– miembros de la cámara que votaron “no” a la Constitución de 1978.¹²² Supongo que el lector no ignora que su jefe de filas en aquella legislatura autoproclamada constituyente, el mencionado Manuel Fraga, que nunca

¹¹⁸ Citado por ROGER BARTRA, “Democracia e instintos aristocráticos”, *Letras Libres*, noviembre de 2013, p. 77.

¹¹⁹ En Madrid, en la editorial Rialp. Ha sido varias veces reeditado y traducido a otras lenguas.

¹²⁰ *The End of Ideology: On the Exhaustion of Political Ideas in the Fifties*, fue publicado originalmente en 1960 por The Free Press. La edición más fácil de encontrar en la actualidad es la realizada por Harvard University Press en 2000.

¹²¹ El artículo “The End of History” se publicó en 1989. El libro *The End of History and the Last Man*, en 1992 por Free Press.

¹²² La lista de los 326 diputados que votaron “sí”, de los 6 que votaron “no” y de los 13 que se abstuvieron se puede consultar en el *Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados*, sesión plenaria núm. 52, 31/10/1978, disponible on-line en www.congreso.es/public_oficiales/Lo/CONG/DS/C_1978_130.PDF.

fue un franquista arrepentido, pero que ya tendía a mostrarse como un aplicado liberal-conservador, no sólo votó “sí”, sino que fue uno de los siete ponentes del texto constitucional.

Pero no nos perdamos en estos vericuetos y volvamos a los elementos que hacían de Tocqueville, al parecer de Jacob Mayer, “nuestro contemporáneo”. Me gustaría destacar lo que denominaré la “tesis de los atisbos sociológicos”, un argumento que menudea en los trabajos de algunos de los investigadores que se han fijado en el autor francés en el último medio siglo. Aunque “Tocqueville –afirma Mayer– fue menos un profeta que un analizador”, en sus escritos (en especial en su obras mayores: *La Democracia en América* y *El Antiguo Régimen y la Revolución*) “anticipó los peligros de una sociedad de masas en que multitud de personas iguales y similares, si se les puede llamar ‘personas’, busca satisfacciones y placeres mediocres”, y anticipó asimismo el surgimiento, “por encima de estas masas” de un “monstruoso poder tutelar –y aquí Mayer cita textualmente a Tocqueville– que provee su seguridad, prevee (sic) y asegura sus necesidades, dirige su industria, regla sus sucesiones o herencias, divide sus heredades; ¡qué no pudiera quitárseles completamente la molestia de pensar y la pena de vivir!”.¹²³ Atisbo, pues, del “hombre-masa” despersonalizado que aspira a perder lo que singulariza a cada uno para confundirse en la masa común; atisbo de las muchedumbres solitarias muy anterior a que Ortega y Gasset, William H. White o Elias Canetti reflexionaran sobre el tema. Atisbo, a la vez, de la futura “americanización que en todas partes se observa, incluso en España”.¹²⁴ Atisbo, en fin, del creciente poder de la centralización estatal, de que esa centralización estatal será el gobierno natural del futuro en detrimento de la independencia individual y las libertades locales, atisbo de que el incremento de tal “poder estatal central” (identificado con “el monstruoso poder tutelar” toquevilliano), conlleva el aumento del número de funcionarios, que “forman una nación dentro de cada nación” –en palabras que Mayer vuelve a tomar de Tocqueville–, de manera que la administración pública se vuelve “no solamente más centralizada, sino más inquisitiva y pormenorizada; por todas partes interviene más que antes en los asuntos privados; conforma a su manera un mayor número de acciones y de acciones menos significativas, y se establece cada vez más, todos los días, al lado, alrededor y sobre cada persona, para asistirle, aconsejarla y coartarla”.¹²⁵ Supongo que no necesita el lector que le traiga a colación a Weber y su “dominación burocrática”.

En artículo posterior de Mayer en la misma *Revista de estudios políticos*,¹²⁶ un curioso ejercicio de comparación entre Tocqueville y Marx (recordemos la juventud social-demócrata del articulista), se refuerza esa tesis de los atisbos, adscribiéndola al campo de la futurología. Así, aclaraba este escrito, la “profunda transformación histórico-mundial, tal

¹²³ “Alexis de Tocqueville, contemporáneo nuestro”, pp. 20-21.

¹²⁴ P. 21.

¹²⁵ P. 22.

¹²⁶ “Alexis de Tocqueville y Carlos Marx: afinidades y antagonismos”, núm. 157, 1968, pp. 53-70.

como la estamos viviendo desde 1914”, impone la obligación de “reconsiderar a aquellos pensadores que habían previsto nuestra crisis, analizando sus motivos con los métodos científicos de su época. Entre ellos constan el español Donoso Cortés, el francés Alexis de Tocqueville, el suizo Jacob Burckhardt y los alemanes Carlos Marx y Max Weber”.¹²⁷ Habían previsto nuestra crisis... Da igual lo que pensemos de semejante aseveración (y de lo que pudiera pensar Tocqueville si, redivivo, se encontrara entremezclado con tales compañeros): la contemporaneidad del pensador francés, y la del resto, vendría traída de la mano de su capacidad prospectiva.

Ahora bien, “Tocqueville –escribe Mayer en su primer artículo– no sólo se ha convertido en nuestro contemporáneo por habernos equipado con los instrumentos para comprender la edad de masas”, sino que, además, se atrevió a analizar el mundo árabe y la estructura social de Rusia o preparó un libro sobre la India, de manera que “pensó que el análisis de los mundos extraeuropeos ampliaba y daba profundidad a la comprensión de su propio mundo”.¹²⁸ Tocqueville, resume Mayer, puede ser considerado como un contemporáneo porque “sus enseñanzas continúan teniendo un interés vital para nosotros” y porque su particular óptica, marcada por “una orientación histórica original y profunda” confiere a su obra “un carácter permanente, actual, podría decirse”.¹²⁹

¿Realmente podemos suscribir la opinión del profesor germano-británico, realmente no es un abuso calificar a Tocqueville de “nuestro contemporáneo”? Me abstendré, de momento, en responder a tal pregunta. Lo que en todo caso me parece indudable es que, en el más de medio siglo recorrido desde la conferencia de Mayer, y gracias a la labor de investigadores como el mismo Mayer, Edward Gargan, Raymond Aron, Richard Herr o Luis Díez del Corral, que en aquellos años centrales del siglo XX lo rescataron del relativo eclipse en que se hallaba, el aristócrata francés ha asumido la grata condición de clásico del pensamiento político. De autor que ha experimentado una doble canonización: por una parte, se ha consumado su plena inserción en el canon del pensamiento occidental, alcanzando su obra un elevado puesto en el *hit parade* de las que merecen formar parte de cualquier biblioteca de “ciencia política”; y por la otra, ha sido subido a los poblados altares del pensamiento “neoliberal” (¿o no será más exacto decir “neoconservador”, o mejor aún, “neoliberal-conservador”?), esa fórmula que resume una concepción del mundo que goza, desde hace varias décadas, de las mieles del éxito entre los que de verdad mandan, y que amenaza con convertirse en una especie de pensamiento único por su voracidad y omnipresencia. Aunque, hay que recordarlo, tener éxito no garantiza la posesión de la razón ni de la verdad.

¹²⁷ P. 53.

¹²⁸ “Alexis de Tocqueville, contemporáneo nuestro”, p. 24.

¹²⁹ P. 25. Traduzco del francés estas palabras sacadas del resumen final (también está en inglés) que cierra el artículo.

Un hito en esa doble canonización lo encontramos en la conmemoración del segundo centenario del nacimiento de Tocqueville en 2005. El personaje fue entonces, y por doquier, objeto de atención tanto de las revistas especializadas como de los medios de comunicación en general, motivó encuentros académicos de diversa entidad y se asistió a la reedición de sus principales obras en diferentes lenguas. En España, por cierto, los hijos y nietos (políticos) de Fraga no dudaron en contribuir al evento. Lo hicieron mediante unas jornadas organizadas por el Instituto Cánovas del Castillo (presidido a la sazón por Carlos Robles Piquer, exministro y cuñado de Fraga) de la Fundación FAES (el ojito derecho, como es archisabido, del presidente José María Aznar), que reunió en el Hotel Miguel Ángel de Madrid los días 12 y 13 de diciembre del citado 2005 a una pléyade de estudiosos españoles y foráneos, cuyas aportaciones fueron recogidas en el libro colectivo *Alexis de Tocqueville. Libertad, igualdad, despotismo*, publicado en 2007 por la misma FAES.¹³⁰

El tercerismo retórico de los sesenta hacía ya mucho tiempo que había quedado atrás, y el “liberalismo conservador” se había convertido desde los años de la Transición en el principal nicho ideológico del que la refundada derecha española –o si lo preferís, el centro-derecha– sacaba sus referencias. Al Fraga maduro seguramente le gustaba más Cánovas del Castillo –que, por cierto, se distinguía decisivamente de Tocqueville en el detalle, nada baladí, de que aquel, a diferencia de éste, repudiaba sin disimulo el sufragio universal y sólo lo aceptó a regañadientes y con la voluntad de corromperlo– que cualquier otro político español anterior. Fraga y su entorno, “caminando hacia el centro”, se adaptaron con mucha mejor fortuna a los cambios que siguieron a la muerte de Franco que Fernández de la Mora y demás “bunkerianos”. No me cabe duda de que el arrollador presidente gallego hubiera querido ser el Cánovas de una “segunda restauración borbónica” en la persona del rey Juan Carlos de Borbón. No lo fue exactamente. Pero la FAES no usaba el nombre de Cánovas en vano. Anudar un hilo entre el presente de una derecha –o centro-derecha– por completo inserta en el sistema constitucional democrático y un pasado repleto de personajes nada cómodos ni ejemplares como antecesores, en especial los actuantes durante la dictadura franquista, requería reivindicar a los lejanos tatarabuelos, venerables liberales a la vez que pragmáticos conservadores que, en ningún caso, podían confundirse con fascistas. El viejo Cánovas es, en pleno siglo XXI, mucho más presentable como antepasado ideológico que el general Franco y su caterva de pensadores áulicos. De modo similar, apropiarse de la figura y del pensamiento de Alexis de Tocqueville, en España como en el resto de Occidente, permite elevar el perfil –y dotar de pedigrí– democrático de –a– los grupos y partidos políticos conservadores, que pueden de este modo aspirar a convertir, con mayor o menor desparpajo, la actual democracia representativa en el mejor

¹³⁰ Eduardo Nolla aparecía como editor del volumen y Óscar Elía como coordinador.

resultado posible de una historia con final feliz en la que habrían participado como fuerza activa y no reactiva. Lo que es mucho decir: no sé hasta qué punto los huesos de Eduardo Chao o Nicolás Salmerón, por no salir de la piel de toro, dormirán tranquilos en sus olvidadas tumbas.

Nos guste o nos disguste esta segunda canonización (y nos guste o nos disguste el pensamiento “neoliberal-conservador”), la primera, es decir, la que incorpora a Tocqueville al canon del pensamiento occidental, no es discutible. El aristócrata francés ha dejado de ser un autor menor, como lo fue hasta cierto punto en los cien años que siguieron a su muerte, y se ha convertido en todo un clásico del pensamiento político. Quizá esa afirmación puede sonar a tópico en el oído de nuestros lectores, pero lo que suena a tópico es, ya se sabe, porque parece estar ampliamente compartido. Su obra ha acabado por merecer un puesto de honor junto a las de Platón y Aristóteles, a las de Marsilio y Maquiavelo, a las de Hobbes y Locke, a las de Jefferson y Hamilton, a las de Bentham, Mill y Weber, a las de Paine, Marx, Lenin y Gramsci, y a las de sus compatriotas Montesquieu, Rousseau, Saint-Simon, Guizot, Renan y Proudhon, en las mesas de trabajo de los politólogos (incluyendo entre ellos a los profesionales de la filosofía política, la sociología política y el derecho político) y los historiadores del pensamiento (político, por supuesto).

Tocqueville es, en las últimas décadas, un autor tan estudiado como citado y recomendado. “Si ustedes no han leído todavía *La democracia en América*, la gran obra de Tocqueville, les invito a que no pierdan tiempo para ponerse a la tarea”, aconsejaba Aurelio Arteta en su intervención en un curso de verano sobre “Filosofía y Sociología políticas” hace ya casi un cuarto de siglo. Nuestro tiempo “ahora mismo –continúa este conocido profesor de la Universidad del País Vasco– es demasiado reducido para desvelarles toda la riqueza de reflexión y previsión que allí se encierra”.¹³¹ Reflexión y previsión... De nuevo la capacidad prospectiva como cualidad tocquevilliana... Cerca de veinte años después, y con motivo de las masivas movilizaciones del 15M, que cuestionaron por obsoleta, y con una fuerza insólita, la partidocracia realmente existente en España, Roberto R. Aramayo, investigador del CSIC, aseveraba que “en una coyuntura social como la presente resulta muy aconsejable revisar las reflexiones hechas por Alexis de Tocqueville”. Reflexiones que merecen ser revisitadas al hilo de la actualidad... Es decir, la contemporaneidad de Tocqueville según la entendía Mayer.¹³²

Se podrían aducir más ejemplos de este tipo, pero supongo que el lector se hará una idea suficiente de lo que quiero decir con éstos dos. O con mencionar el hecho de que las referencias a *La democracia en América* se han convertido en habituales en los discursos de muchos políticos de nuestro tiempo, en especial, y como es lógico, en los de los norteamericanos. Algunos de éstos últimos utilizan al aristócrata francés,

¹³¹ “Actualidad de Tocqueville sobre la Democracia”. *Eguzkilore. Cuaderno del Instituto Vasco de Criminología*, núm 5 extraordinario, diciembre 1992, pp. 172-178. La cita, p. 173.

¹³² “Alexis de Tocqueville y su daguerrotipo del *Homo democraticus*”. *Arbor. Ciencia, Pensamiento y Cultura*, Vol. 187-750, julio-agosto 2011, pp. 665-669. La cita, p. 665.

incluso forzando las citas si es preciso, como una especie de llamativa *cheerleader* del patriotismo estadounidense. Eisenhower, Reagan y Clinton, por ejemplo, llegaron a incluir en sus discursos un pasaje distorsionado de Tocqueville que concluía que “América es grande porque es buena”. Algo que él nunca habría escrito.¹³³

Dos publicaciones recientes, importantes ambas, iluminan todavía más la vida y obra de este hombre de otro tiempo que, sin embargo, parece no querer pasar de moda y jugar a ser, si hacemos caso a Mayer, “nuestro contemporáneo”. Una, *Tocqueville’s Voyages*, obviamente en inglés, es una colección de ensayos de varios autores que toma como líneas de unidad tanto la experiencia viajera del pensador francés, que influyó decisivamente en la maduración de sus ideas, en el viaje que realizó su pensamiento, como la experiencia viajera de esas mismas ideas, su dispersión por el mundo.¹³⁴ La otra publicación, a mi entender todavía más interesante, *Tocqueville. Los orígenes aristocráticos de la libertad. Una biografía intelectual*, consiste en la traducción al castellano de un libro de Lucien Jaume, uno de los más reputados especialistas en el pensamiento francés de finales del XVIII y primera mitad del XIX que visten y calzan ahora mismo.¹³⁵

Tocqueville’s Voyages, subtulado *The Evolution of His Ideas and Their Journey Beyond His Time*, es un compacto volumen de 455 páginas de texto que incluye quince trabajos independientes, cada uno de ellos firmado por un autor distinto. Los precede una buena introducción de 24 páginas escrita por Christine Dunn Henderson, doctora en ciencia política, miembro de la Liberty Fund y editora de la obra (y que, por cierto, contribuyó con un texto al libro que resultó de las jornadas de la FAES antes aludidas).¹³⁶ Un índice alfabético de 20 páginas más, muy útil, cierra el volumen, confeccionado con papel de cierta calidad, lo que significa que estamos ante un ejemplar de peso. En efecto, el libro pesa en las manos, pero pesa aún más por el prestigio de algunos de sus participantes y la calidad general de las aportaciones, sin que sea óbice para ello la desigualdad de nivel que, como suele ocurrir en estas obras de aluvión, se registra entre algunas de ellas, ni tampoco el acusado aroma “neoliberal-conservador” que creo percibir en ciertas páginas.

Los quince ensayos se organizan en dos partes. La primera, *Tocqueville as Voyager*, explora el desarrollo del pensamiento de Tocqueville, esto es, el viaje intelectual que acompañó a –o derivó de– su viaje físico a los Estados Unidos de América, del que resultó su

¹³³ Así lo recoge DAVID A. BELL, “Come and see for yourself”, *London Review of Books*, vol. 35 núm. 14, 18/07/2013, pp. 13-14. Saco de aquí también lo de *cheerleader*.

¹³⁴ CHRISTINE DUNN HENDERSON (Ed), *Tocqueville’s Voyages. The Evolution of His Ideas and Their Journey Beyond His Time*, Liberty Fund Inc., Indianapolis, 2014. 501 pp. ISBN 978-0-86597-870-6.

¹³⁵ LUCIEN JAUME, *Tocqueville. Los orígenes aristocráticos de la libertad. Una biografía intelectual*, traducción de Nere Basabe, Tecnos, Madrid, 2015, 506 pp. ISBN 978-84-309-6212-9. (*Tocqueville*, Librairie Arthème Fayard, París, 2008.)

¹³⁶ El ensayo se titula “Beaumont y Tocqueville”, pp. 73-100 del libro ya citado (v. nota 18). En la “Presentación” que abre éste, Eugenio Nolla aclara que Christine Dunn Henderson no pudo estar presente en las jornadas del Hotel Miguel Ángel (p. 12).

archiconocido libro, y agrupa en total once trabajos. La segunda, *Tocquevillian Voyages*, más corta, ocupa sólo cuatro ensayos y pone el foco en la difusión de sus ideas más allá del contexto francés y norteamericano de su época, en concreto en Italia, Argentina, Japón y Europa Oriental. Es decir, los viajes –lo anormal, la salida de casa que activa el ojo y el cerebro– como elemento esencial en la biografía intelectual de Tocqueville, y la diseminación viajera de su pensamiento por el mundo como complemento. “*Voyages are about change*”, dice Christine Dunn Henderson en el comienzo de su presentación. En efecto, viajar es cambiar... Y por ello, “*voyages and changes they bring are the theme of the present volume*”, los viajes y los cambios que conllevan son el tema del libro.¹³⁷ Viajes y cambios del sujeto Tocqueville; viajes y cambios de las ideas salidas de su pluma.

La mayoría de los autores incluidos en el volumen son norteamericanos como la editora, lo que no nos debería sorprender dada la entidad que lo publica y la atención que dispensa a Tocqueville el mundo académico de allá. De todos modos también aparecen contribuciones de un par de estudiosos británicos, de un francés (sólo un francés), de un japonés, de un argentino y de un español. Éste último es Eduardo Nolla, que fue hasta el verano de 2015 rector de la Universidad Camilo José Cela de Madrid (la joya de la corona de la Institución Educativa SEK, privada por supuesto), antes profesor del CEU-San Pablo, largos años docente en Yale, editor del libro ya citado de la FAES, y hoy en día uno de los especialistas en Tocqueville más prestigiosos del planeta gracias a sus magnas ediciones críticas en francés, inglés y castellano de *De la démocratie en Amérique*.¹³⁸ No es habitual que los investigadores españoles que trabajan en el terreno de las humanidades y las ciencias sociales gocen de un reconocimiento internacional tan amplio y sin fisuras (y además, bien merecido). Nolla es, en ese sentido, una encomiable *rara avis*. Lo que no significa que sea en nuestro país una voz que clama en el desierto, ni que no existan aquí otros estudiosos que se hayan acercado a Tocqueville en los últimos años con perspicacia y tino. Ya han quedado muy lejos los tiempos en que sólo Luis Díez del Corral –una de las flores en el páramo cultural franquista– se atrevía a bucear en el pensamiento del insigne autor francés. Otra cosa es que estos recientes tocquevillianos hayan hecho de él, como pasa con Nolla, el centro gravitatorio de su vida profesional, o que hayan alcanzado visibilidad y éxito en grado semejante.

Precisamente –y significativamente– el ensayo que abre la primera parte de *Tocqueville’s Voyages* es el que firma nuestro reputado compatriota. La traducción de su título es “Oculto a la vista: los secretos de Tocqueville” y consiste en una muy interesante muestra de lo que llegan a esconder los manuscritos de un autor y no siempre llega –o no llega igual– a su obra terminada e impresa: ocurrencias, dibujitos, anotaciones marginales... La experiencia de Nolla como editor crítico de

¹³⁷ P. XIII.

¹³⁸ En francés, París, Vrin, 1990, dos vols. En castellano, Madrid, Trotta, 2010. En inglés, Indianapolis, Liberty Fund, 2012, dos vols.).

Tocqueville, su trabajo sobre los documentos originales, está en la base de su estupenda contribución, quizá la más sorprendente de todo el volumen, que además ofrece pruebas de cómo Tocqueville moderaba su mensaje democrático al tener los ojos puestos en el público francés al que se dirigía. La privilegiada posición que ocupa Nolla en el campo de los estudios tocquevillianos sólo puede quedar, sin duda, consolidada con este artículo.

S.J.D. Green, profesor de Historia Moderna de la University of Leeds y *fellow* en el All Souls College de Oxford, se interroga después sobre “Los viajes de Tocqueville: ¿hacia y desde América?”, y nos introduce en el meticuloso proceso artesanal con el que se construyó *La democracia en América*. Gracias a la edición crítica de Eduardo Nolla, explica Green, estamos en condiciones de apreciar que los conceptos, e incluso los estudios de caso, que aparecen como novedades en el segundo volumen de esta obra (un volumen publicado por primera vez en 1840), en realidad ya asomaban, sea como sugerencias, sea como ideas bien formadas, en las notas y borradores de lo que fue el primer volumen (que vio la luz en 1835).

James Schleifer, profesor emérito del neoyorquino –y católico– College of New Rochelle, y Jeremy Jennings, del King’s College de Londres, abordan, cada uno desde su propio ángulo, la cuestión de qué aprendió Tocqueville en los Estados Unidos. Ambos, y obviamente no por azar, participaron en las jornadas madrileñas del Instituto Cánovas de la FAES. El ensayo del primero, traducible como “Peligros democráticos, remedios democráticos, y el carácter democrático”, nos informa sobre cómo el viaje en sí mismo formó el pensamiento de Tocqueville, sobre cómo sus ideas se configuraron durante su permanencia en los Estados Unidos y durante el proceso de redacción del libro, en especial las ideas sobre los peligros de la democracia (a saber, el materialismo, el individualismo, el despotismo de la administración centralizada) y sobre los remedios, por supuesto democráticos, de los que se dota una sociedad libre. La contribución del segundo, Jennings, titulada “El viaje de Tocqueville por América”, nos enseña cómo las notas de viaje y los borradores usados para la edición crítica de Nolla permiten a los lectores vislumbrar por vez primera el modo en que el aristócrata francés destilaba –¿o mejor, metabolizaba?– las diversas impresiones que recibía en tierras americanas.

James W. Ceaser, de la University of Virginia, abandona el viaje físico para tratar el viaje intelectual. En su “Alexis de Tocqueville and the Two-Funding Thesis” (me cuesta dar una traducción satisfactoria) escarba en las raíces del pensamiento tocquevilliano para encontrar a Montesquieu en lo que respecta a su gran interés por la “historia de costumbres”, una manera de entender la historia que posibilita a las ideas ingresar en la vida política. Continuando con el viaje intelectual, Catherine Zuckert, de la University of Notre Dame –católica como New Rochelle, pero en este caso en Indiana–, también se centra, en “La nueva ciencia política de Tocqueville”, en el influjo que sobre él ejercieron

Montesquieu y Rousseau, constatando, sin embargo, cómo la ciencia política de Tocqueville modifica la filosofía de sus precursores en varios aspectos importantes. Asimismo Alan Kahan, profesor de Civilización Británica en la Université de Versailles/St. Quentin-en-Yvelines, en “Grandeur Democrática: cómo Tocqueville construyó su nueva ciencia moral en América” se ocupa de cómo éste buscó nuevas fuentes de grandeza moral para la nueva era democrática y sostiene que en el tratamiento que ofreció de la religión, entendida ésta en sentido amplio, encontramos tanto esa fuente como modificaciones importantes de sus conocidas raíces pascalianas.

Harvey C. Mansfield, de Harvard, se explaya a continuación sobre “Las intimidaciones de la Filosofía en *La democracia en América* de Tocqueville”. Según este profesor, Tocqueville sintió la necesidad de esconder las enseñanzas filosóficas de su obra, de no aparecer como un filósofo, pero, a pesar de ello, no se puede negar la existencia de esas enseñanzas, que se encarnan en una filosofía que hemos de entender como una llamada a la moderación del fundamentalismo liberal en nombre de la libertad de uno mismo.

Barbara Allen, del Carleton College, en Northfield, Minnesota, nos ofrece después un ensayo muy interesante aunque de enrevesado título. Lo traduciré como “Una resaca de los prejuicios raciales en la corriente de la transformación democrática: Tocqueville sobre las «tres razas» de Norteamérica”. Allen analiza aquí el tratamiento que dio el viajero francés a blancos, negros e indios en el contexto de su narración de la universalización de la igualdad de condiciones en los Estados Unidos. Es bien evidente que no hay nada que obligue tanto a reconsiderar la inevitabilidad de tal proceso –un proceso que equivale, claro está, a un progreso– como la esclavitud y la situación de los nativos americanos. La autora sostiene que, por un lado, los escritos tocquevillianos sobre ese tema contienen ideas muy estimables sobre el avance de la igualdad de condiciones en la democracia, así como sobre los correspondientes problemas de adaptación y transculturación que conlleva, pero, por el otro lado, el propio marco analítico de Tocqueville limita su examen y le impide ver el potencial de los individuos para trascender las condiciones impuestas por el imperialismo y la esclavitud.

Un problema parecido se aborda en la aportación de Jean-Louis Benoît, el único autor francés presente en el volumen, un profesor de letras ya jubilado que ejerció como docente en la educación secundaria (sobre todo) y en la Université de Caen, y que es, sin lugar a dudas, uno de los mayores y más prolíficos expertos tocquevillianos en activo. En su texto, titulado “Reflexiones de Tocqueville sobre una paradoja democrática”, Benoît se centra en el caso de los nativos americanos y en la paradoja de la negación de su derecho a la autodeterminación en la mayor democracia moderna. Así, contempla las páginas en que Tocqueville trata la cuestión desde dos perspectivas. Por una parte, como una exposición legalista de hechos cuidadosamente documentados, acoplada por Tocqueville para denunciar la injusticia de los norteamericanos para con

los nativos. Por la otra, como un esfuerzo destinado a convencer a la aristocracia francesa de la necesidad de adaptarse a la creciente e inevitable democratización social y política del mundo. Además, Benoît destaca la dimensión internacional del capítulo tocquevilliano sobre las tres razas, mostrando cómo el autor aplica las lecciones sacadas de la difícil situación de los nativos americanos a la implicación francesa en Argelia.

Un artículo de Cheryl B. Welch, de Harvard, cierra esta primera parte. Se titula “Fuera de África: los viajes imperiales de Tocqueville”, y opera en la misma temática, la de las “tres razas”, de las contribuciones de Allen y Benoît. En este caso se nos explica cómo las enseñanzas traídas de su viaje a América perduraron en Tocqueville tras la publicación de *La democracia en América*, y cómo las ideas desarrolladas tanto en el transcurso del viaje como durante la escritura del libro conformaron su pensamiento sobre la mencionada presencia de los franceses en Argelia (que, como sabemos, fue el inicio de una voraz expansión colonial).

En la segunda parte de *Tocqueville's Voyages*, dedicada, recordémoslo, a la difusión –y recepción– de las ideas de Tocqueville por –en– diversas partes del mundo y en distintos momentos, se agrupan sólo cuatro ensayos. El primero, escrito por Filippo Sabbeti, de la McGill University de Montreal, trata “El viaje de descubrimiento de Tocqueville desde Sicilia a América”. El segundo, firmado por Enrique Aguilar, de la Pontificia Universidad Católica Argentina de Buenos Aires, se titula “Tocqueville, Argentina y la búsqueda de un punto de partida”. El tercero, obra de Aurelian Craiutu, de la Indiana University, en Bloomington, “Tocqueville y la Europa del Este”. Y el cuarto, de Reiji Matsumoto, de la Universidad de Waseda, en Tokio, “Tocqueville y la democracia en Japón”. Los asuntos tratados explican la apertura del campo a autores de orígenes –sus nombres los delatan– más variados. También, quizá, que quien esto escribe haya de reconocer que percibió como disminuía su atención al enfrascarse en sus contribuciones.

En fin, el conjunto del grueso volumen –ya lo hemos dicho: en verdad un libro de peso– configura una lectura interesante para la legión de estudiosos atraídos por Tocqueville. La magnitud creciente de la literatura académica que toma por objeto su vida y obra no diré que amenaza con ahogarnos (en todo caso, hay que saber nadar entre tantas páginas reales o virtuales como se le consagran últimamente), pero sí que es difícil de asimilar por los aparatos digestivos más estrechos. No todo lo que se escribe sobre el sabio Alexis es óptimo, por supuesto, pero los ensayos reunidos por Christine Dunn Henderson tienen, en su conjunto, suficiente entidad para no ser pasados por alto. Para los estudiosos españoles, específicamente, el volumen puede servir para valorar aún más a Nolla (si es que hace falta). Y constituye una magnífica oportunidad para seguir en contacto con lo que ahora mismo interesa del pensador francés en los más selectos círculos del mundo académico anglosajón.

Y decimos anglosajón por motivos obvios. En los párrafos anteriores hemos identificado la institución en la que trabaja cada uno de

los colaboradores de esta obra colectiva a fin de que nuestro lector pueda percatarse del predominio, por completo absoluto, que entre ellos ostentan los anglófonos o los que, sin tener el inglés como primera lengua, están en relación con instituciones universitarias de tal espacio académico. Ni siquiera Nolla, muchos años vinculado a Yale, escapa a ese carácter. Y nombres como los de Aguilar y Matsumoto son golondrinas que no hacen verano. Llama especialmente la atención que sólo un francés, Benoît, que pese a su veteranía y prestigio no ha formado nunca parte del núcleo duro del *establishment* de la *recherche* francesa, se encuentre entre los autores del libro. Tan magra aportación podría hacernos pensar que Tocqueville no es profeta en su tierra. Sin embargo, estaríamos profundamente equivocados.

Porque el estudio de Tocqueville en Francia goza, desde hace tiempo, de buena salud. De hecho, la nómina de investigadores que han tomado a éste y a su obra como objeto de estudio es ciertamente nutrida desde que Raymond Aron lo pusiera de nuevo en el candelero, hace ya medio siglo, y no se limita a Benoît o a André Jardin, autor de la biografía más acreditada y traducida de Tocqueville. Nombres como François Furet, Raymond Boudon, Pierre Manent, Françoise Mélonio y Lucien Jaume (todos *establishment* puro y duro), dan buena cuenta de ello. También de cómo Tocqueville ha tendido a convertirse poco a poco en pasto de ese campo de estudios fronterizo –un concurrido punto de encuentro entre diversas disciplinas– pero crecientemente institucionalizado que es la politología, es decir, el estudio de la política, la “ciencia política”. El hace tiempo fallecido Furet, nacido en 1927, era un historiador sin adjetivos. Boudon, nacido en 1934 e igualmente fallecido, un sociólogo también sin adjetivos. Manent, que nació en 1949, es un filósofo que se ha deslizado hacia lo político, un filósofo político. Pero a Mélonio y a Jaume quizá les cuadra ya plenamente el apelativo de politólogos (aunque la primera proceda de los estudios literarios y el segundo, como Manent, de la filosofía, y aunque a ambos se les pueda clasificar entre los historiadores de las ideas políticas). A fin de cuentas, gran parte de la carrera académica de Jaume y Mélonio se ha desarrollado en Sciences Po (esto es, el Instituto de Estudios Políticos de París), el selecto establecimiento universitario francés especializado en ciencias sociales que aspira a formar los cuadros dirigentes de los sectores público y privado en Francia y en el mundo. Una aspiración, por cierto, nada excéntrica ni descabellada: François Mitterrand, Jacques Chirac, Nicolas Sarkozy y François Hollande, por citar únicamente a los cuatro últimos presidentes de la República Francesa, han pasado por sus aulas.

Lucien Jaume es el autor del segundo libro que, como se dijo más arriba, nos hemos propuesto comentar: la traducción al castellano de su *Tocqueville, les sources aristocratiques de la liberté*, aparecido en francés en 2008 y publicada por Tecnos siete años después. Profesor en el campus parisino de Sciences Po y director –ahora con la condición de emérito– de investigaciones en el CNRS francés, donde llegó después de haber enseñado durante catorce años filosofía en el *lycée*, Jaume es un

investigador de amplios horizontes que en su ya dilatada carrera ha escrito libros como *Hobbes et l'État représentatif moderne* (1986), *Le discours jacobin et la démocratie* (1989), *Échec au libéralisme: les Jacobins et l'État* (1990, traducido al italiano en 2003), *L'individu effacé ou la paradoxe du libéralisme français* (1997, merecedor del premio Guizot-Calvados en 1998), *La Liberté et la loi: les origines philosophiques du libéralisme* (2000, traducido al castellano en 2008), *L'État administratif et le libéralisme: une histoire française* (2009), *Qu'est-ce que l'esprit européen?* (2010; en ese mismo año publicado también en italiano), amén de un montón de artículos y escritos especializados. En 2015 ha dado a la imprenta *Le religieux et la politique dans la Révolution française*. Y sus actuales indagaciones se encaminan a aclarar las metamorfosis de la ciudadanía desde Aristóteles a la Unión Europea y la ligazón entre individuo y colectivo en el pensamiento de Durkheim.

Cuando apareció en francés el *Tocqueville* de Jaume, una especie de retrato de joven intelectual rodeado de figuras, fue muy bien recibido por la crítica especializada con raras excepciones. De hecho, decir que no pasó desapercibido sería quedarse corto, ya que las reseñas laudatorias –la mayoría manteniendo un tono educadamente moderado, eso sí: en el campo académico de los países serios no está bien visto pasarse de rosca haciendo gala de desatado entusiasmo– abundaron tanto en Francia como en el extranjero. Alain Laquièze, por ejemplo, por aquel entonces profesor de Derecho Público en la Sorbonne Nouvelle-París III, iniciaba su reseña afirmando que “el libro de Lucien Jaume será un hito en la historiografía sobre Tocqueville”, ya que no se trata tan sólo de “una brillante síntesis de los trabajos realizados en los veinte últimos años sobre este monumento del pensamiento político”, sino que en él “se propone una nueva mirada”: Jaume, afirma Laquièze, “nos hace ver a un Tocqueville desconocido, secreto, sumido en las preocupaciones y debates de su tiempo”.¹³⁹ María Luisa Sánchez-Mejía, por poner otro ejemplo, catedrática de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos de la Universidad Complutense de Madrid, bastante más comedida, tildaba la obra de “excelente” y sostenía que la tarea que se había propuesto Jaume había sido “brillantemente culminada”.¹⁴⁰ Y el estadounidense Arthur Goldhammer, quizá el más reputado traductor de libros de historiadores franceses al inglés –entre los autores que han pasado por su mesa de trabajo están Duby, Le Goff, Mousnier, Veyne, Mollat, Chartier, Roche, Nora, Rousso, Corbin, Furet, Le Roy Ladurie, Rosanvallon..., y Tocqueville con su *Democracy in America*)–, cerraba por su parte su muy bien hilvanada reseña diciendo que “Jaume nos ha

¹³⁹ Traduzco del francés. La reseña apareció en España en *Historia Constitucional (revista electrónica)*, n. 9 (2008), pp. 425-428, con el título “Tocqueville, aristocrate secret et moraliste de la démocratie”.

¹⁴⁰ La reseña, sin título, en la *Revista de Estudios Políticos* (nueva época), núm 143 (2009), pp. 224-228.

dado un libro magistral, uno de los mejores que existen sobre el pensamiento de Tocqueville”.¹⁴¹

La buena acogida, con todo, no se limitó a la legión de reseñadores que hemos querido sintetizar en esos tres ejemplos y que, como mucho, señalaron esta o aquella laguna, mostraron algún desacuerdo menor con el autor o adujeron ciertas diferencias de matiz: el *Tocqueville* de Lucien Jaume, significativamente dedicado a Françoise Mélonio (su colega en Sciences Po), logró el premio Guizot el año de su publicación, es decir, 2008, un galardón que no hay que confundir con el Guizot-Calvados recibido en 1998 por *L'individu effacé*: éste último se falla bianualmente y es una iniciativa del Conseil Général du Calvados; el Guizot a secas se concede cada año, nada menos que por la Académie Française, al autor de un libro de historia general. Ambos, sin embargo, gozan de un sólido prestigio en el mundillo historiográfico francés, prestigio que, claro está, automáticamente se transfiere a sus sucesivos ganadores, que aumentan con ello el suyo propio. La obtención del premio Guizot y los parabienes críticos catapultaron, pues, a este *Tocqueville* a la esfera de los libros de historia considerados importantes por los expertos, a la vez que consolidaron a Jaume como miembro del más distinguido sanedrín de los especialistas en el liberalismo francés decimonónico.

No cabe sorprenderse, por tanto, de que el libro se tradujera al inglés por el citado Goldhammer en 2013 para la Princeton University Press, ni de que en 2015 haya salido a la venta la versión española hecha por Nere Basabe para Tecnos. Tampoco de que la aparición de *Tocqueville. The Aristocratic Sources of Liberty*, que es el título que se le dio en inglés, produjera una nueva oleada de reseñas críticas que, como en el caso de la edición original francesa, fueron positivas por regla general. Un buen ejemplo es la reseña que hizo David A. Bell (el historiador de Princeton especializado en historia francesa) para la *London Review of Books*,¹⁴² que consideraba la obra “estimulante” y a Jaume el mejor experto vivo “probablemente”, en “el mundo intelectual de Tocqueville”.

Con todo, en el campo académico anglosajón las cosas no funcionan exactamente igual que en el francés, y alguna que otra voz disonó con inaudita estridencia cuestionando severamente el libro de Jaume. Es el caso de la reseña de Hugh Brogan, de la University of Essex, para *History Today*,¹⁴³ tan breve que es poco más que una nota, pero tan dura que llega a ser inmisericorde. Brogan, casi octogenario, no es cualquiera, sino quizá el más veterano de los especialistas británicos en Tocqueville, al que ha dedicado unos cuantos libros, incluida la monumental biografía –724 páginas– *Alexis de Tocqueville: a life*.¹⁴⁴ Y la revista *History Today* no es

¹⁴¹ Traduzco del francés. La reseña, con el título “Une interprétation de Tocqueville”, apareció en mayo de 2008 en el portal de Internet nonfiction.fr: Le quotidien des livres et des idées.

¹⁴² Vol. 35, No. 14, 18/07/2013. Ya la hemos citado más arriba.

¹⁴³ Vol. 64, 4/94/2014.

¹⁴⁴ Editado el primero por Yale University Press, 2005 (después ha conocido numerosas reimpresiones), y el segundo por Profile Books, 2009.

un folleto para *hipsters*, sino una acreditada publicación mensual londinense de amplia tirada. No estamos, pues, ante un jovencito con ganas de *épater* para hacerse un lugar al sol entre los estudiosos tocquevillianos ni ante una nota en una hoja parroquial. Tampoco estoy en condiciones de saber si entre Brogan y Jaume hay alguna cuenta personal. Lo que es indudable es que, en su escueta reseña, Brogan no se fue por los cerros de Úbeda y disparó una poderosa andanada de bombas críticas a la línea de flotación del *Tocqueville* jaumiano. Pierre Bourdieu escribió en una ocasión que “ciertas críticas no son más que una forma irreprochable de asesinato”:¹⁴⁵ la observación es pertinente en este caso.

Lo primero de lo que el curtido historiador inglés acusa a Jaume es de no compartir la fluidez expresiva de su objeto de estudio. Tocqueville, continúa Brogan, goza de una descomunal reputación como intérprete de la historia, la democracia y los Estados Unidos habiendo sido un liberal, lo que significa que sus ideas se presentan “como un correctivo a todas las tendencias progresistas que los reaccionarios deploran”. El escrito de Jaume, agrega el recensionista, sugiere que Tocqueville se sitúa en la línea tradicional del partido católico, a pesar de las muy complejas relaciones que mantuvo en su vida Tocqueville con la Iglesia. La crítica a Tocqueville es “esencialmente familiar”, ya que desde el mismo momento en que se publicó *De la démocratie en Amérique* se ha intentado asimilar a su autor a la derecha francesa en razón de que siempre ha sido perceptible una especie de trasfondo legitimista en su pensamiento. Ahora bien, Brogan considera que la posición de Jaume es “tan poco convincente como las de sus predecesores” y le echa en cara no tener en cuenta el conjunto de los escritos tocquevillianos. El “moho de las ideas defendidas” se añade, así, al “tedio atroz de la escritura” del politólogo francés. Es esta escritura aburrida, más que el “moho” ideológico, lo que censura Brogan por encima de todo: “el estilo del profesor Jaume tiene la altivez hueca de una encíclica papal” e “insulta la memoria de Tocqueville, un escritor enormemente atractivo”. El irritado profesor inglés concluye su nota marcando distancias con el tropel de comentaristas zalameros: “en otros lugares los recensionistas han elogiado el *Tocqueville* de Jaume, pero en mi opinión éste es un libro del que usted no necesita preocuparse”.¹⁴⁶

¿Cómo quedamos? ¿Estamos ante un libro excelente, magistral, uno de los mejores que se hayan escrito nunca sobre Tocqueville, como aseguran tantos críticos entusiastas en Francia y fuera de ella y, tácitamente, el jurado del premio Guizot de la Académie Française, o nos hallamos ante un producto tedioso, poco original y perfectamente prescindible, como sostiene el implacable Hugh Brogan? Ni tanto, ni tan calvo, pero sin duda que con pelo, me atrevo a decir después de haberlo leído. Aunque bueno será que, para aclarar la cuestión y ofrecer una respuesta matizada que nuestro lector pueda a su vez juzgar con suficiente

¹⁴⁵ *Meditaciones pascalianas*, Anagrama, Barcelona, 1999, p. 87.

¹⁴⁶ La traducción, mía.

perspectiva, presentemos a grandes rasgos la orientación, las fuentes y el contenido de esta obra de Lucien Jaume.

Tocqueville. Los orígenes aristocráticos de la libertad. Una biografía intelectual puede ser calificada como un prodigio de erudición y, a la vez, como lo contrario a uno de esos usuales “estados de la cuestión” que pueblan la literatura académica. El autor afirma que “el objeto de esta obra” es “*La Democracia en América*, explicada en su relación con *El Antiguo Régimen y la Revolución*, y siguiendo la hipótesis de que tal estudio resulta suficiente para hacer aparecer al hombre Tocqueville en su dimensión intelectual, psicológica y moral”.¹⁴⁷ Para ello Jaume se basa, como es lógico, en los textos de ambos libros (mucho más en el primero que en el segundo), pero también usa con profusión otros escritos del autor sacados de la edición de las *Œuvres Complètes* publicada por Gallimard, así como documentos privados y su correspondencia inédita: unas 1.200 cartas que le facilitó Françoise Mélonio mientras esperaban salir a la luz reunidas en un nuevo tomo de esas *Œuvres Complètes*. Jaume pone en valor estas fuentes primarias, a la vez que se niega a que su libro sea una vía de discusión con otros especialistas en Tocqueville. A pesar de que reconoce que muchos de ellos han estimulado su reflexión, las referencias directas a sus colegas son bien escasas y quedan limitadas al “esclarecimiento de alguna cuestión abordada en este libro” que “así lo requiera”.¹⁴⁸

El dominio que demuestra el profesor Jaume del corpus tocquevilliano es, sin duda, envidiable. También el que exhibe respecto a la literatura coetánea con él relacionada: François Guizot, Alexandre Vinet, Augustin Sainte-Beuve, Charles de Rémusat, François-René de Chateaubriand, Abel-François Villemain, entre otros, desfilan bien traídos por sus páginas. Ni el hombre Tocqueville ni sus ideas pueden captarse aislados de su entorno (y de lo que su entorno pensaba de él y de ellas). El retrato del joven intelectual que alumbró *La Democracia en América* no está completo si no se rodea de las figuras con las que conversa. Sus encuentros y desencuentros con las otras cabezas pensantes de su país y de su tiempo ocupan buena parte del contenido del libro de Lucien Jaume. En ese sentido, el autor contextualiza a Tocqueville y explora las condiciones históricas y el espacio social en que se formaron, crecieron y se expresaron sus opiniones, en diálogo con otros y consigo mismo, lo que le permite dar una explicación al significado de la más importante aventura intelectual de éste: observando *in situ* los Estados Unidos, analizando la lozana democracia norteamericana, el aristócrata Tocqueville (hijo de un par de Francia, biznieto de Malesherbes, aquel famoso protector de los enciclopedistas que fue después ministro de Luis XVI y murió en la guillotina) tenía en mente fundamentalmente a su país. Es decir, los problemas de una Francia en busca de un futuro en que seguía en carne viva la memoria tanto del terremoto revolucionario como

¹⁴⁷ Pp. 30-31.

¹⁴⁸ P. 32.

del imperialismo napoleónico (etapas que no se podían quitar de en medio del tiempo, como quiso hacer Fernando VII en España con la obra legislativa de las Cortes gaditanas) y que intentaba encontrar, entre nostalgias reaccionarias, repetidas sacudidas revolucionarias y el pastero del *juste milieu* doctrinario, unas nuevas formas políticas que la estabilizaran. Unos problemas franceses sobre los que Tocqueville pretendía, pues, hacer pensar a sus lectores franceses usando el contramodelo norteamericano.

Y también en ese sentido podemos conectar, pese a una innegable batería de diferencias metodológicas que no es del caso desarrollar, la manera de enfocar la historia intelectual por parte de Jaume con algunas de las corrientes que en las últimas décadas han dejado atrás la vieja y esclerotizada historia de las ideas políticas y han alumbrado otra distinta que hace de la contextualización la principal herramienta operativa, desde la llamada Escuela de Cambridge –John G. A. Pocock, Quentin Skinner, John Dunn– a la historia conceptual de lo político de Pierre Rosanvallon o a la *Begriffsgeschichte* (la historia de los conceptos de Reinhart Koselleck y compañía) alemana.

El libro de Jaume, de más de quinientas páginas salpicadas de ilustraciones que descargan aquí y allá el voluminoso texto, se organiza en una introducción (a la que sigue una breve nota bibliográfica), cinco partes bien diferenciadas, unas breves conclusiones y dos anexos que se complementan. Estos últimos consisten en la reseña crítica que un contemporáneo, Silvestre de Sacy, hizo de la segunda parte de *La Democracia en América* en el *Journal des Debats* del 9 de octubre de 1849, y la carta que Tocqueville escribió a Sacy pocos días después, el 18 de octubre, pero que no se sabe a ciencia cierta si fue o no enviada. Dos documentos que adquieren relevancia en algunos momentos de la exposición de Jaume.

En la introducción el autor enuncia su objetivo: desvelar lo que él llama el “enigma” Tocqueville y realizar una interpretación contextualizada de la principal obra de éste, tan llena de paradojas. No se trata tan sólo de aclarar, advierte Jaume, “¿por qué escribió *La Democracia en América*? sino también ¿para quién la escribió?”, dos cuestiones que “convergen en la medida que la situación personal del hombre” –recordemos, Tocqueville es, cuando redacta las dos partes de su libro, un joven aristócrata ligado a los monárquicos por la comunidad de algunos principios y por sus vínculos familiares, pero en conflicto con su entorno por sus convicciones liberales, por ser un liberal “de nuevo tipo”– “inspira la posición del autor y la particular tensión que yace en su escritura”.¹⁴⁹

Aliando el estudio del contexto en que se produjo la redacción y recepción del libro con la lectura interna de éste, asegura Jaume, no se pretende realizar un “comentario” del texto, lo que tiende a llevar a la simple paráfrasis, sino dar una “interpretación” de *La Democracia en*

¹⁴⁹ P. 19.

América “apoyada por los signos, los indicios e incluso la estilística de un autor que se exhibe a la vez que se oculta, y que habla también en otro registro: en su correspondencia, en los manuscritos y en los testimonios de sus contemporáneos”. El retrato intelectual del “hombre Tocqueville” se puede acotar si se identifican los “diferentes niveles de sentido contenidos en el texto, así como los diferentes destinatarios a los que apunta la obra”, que constituye un “trabajo del pensamiento” a través del cual el “autor Tocqueville intenta igualmente convencerse a sí mismo” de que “hay que tomar en marcha el tren de la democracia”, de que “los tiempos de la aristocracia no deben de ser añorados”, de que, en todo caso, hay que tratar de “transferir algo de aquellos bellos valores aristocráticos a una sociedad dotada por el poderoso motor de la Igualdad de una dinámica en adelante irrefrenable”.¹⁵⁰

Se entiende, a partir de aquí, que Lucien Jaume, “en aras de alcanzar la plenitud de sentido de *La Democracia en América*”, tome gran distancia respecto a las lecturas anacrónicas de la obra, esas que proyectan “en el texto nuestras preocupaciones actuales, nuestros sentimientos y nuestros prejuicios, cuando las categorías de pensamiento del autor eran de índole muy distinta”.¹⁵¹ Y que lo haga tomando como protector nada menos que a Lucien Febvre, el cofundador de los *Annales*, que más de setenta años atrás ya se preguntaba, en relación a la obra de Rabelais, qué podía entender en sus apretadas líneas un lector de aquel tiempo y qué es lo que no se podía hallar en él de nuestras ideas modernas.¹⁵² Jaume ofrece incluso, en nota, un párrafo extraído de otro libro de Febvre que, que yo sepa, no se ha traducido nunca al castellano, y que no me resisto a reproducir:

Seamos historiadores. Lo que quiere decir: no matemos una segunda vez a los muertos. No les arrebatemos lo que es más precioso que su vida material, su vida espiritual –aquello que pensaron, amaron y creyeron–, al sustituir de manera oblicua sus verdaderos pensamientos, sus creencias, sus amores, por aquello que simplemente pensamos nosotros con ayuda de las mismas palabras, lo que creemos cuando pronunciamos las mismas fórmulas, lo que amamos con el mismo impulso.¹⁵³

Amparándose, así, en su prestigioso tocayo, Lucien Jaume enfatiza su rechazo a hacer de Tocqueville “nuestro contemporáneo”: “No, en este libro no se tratará a Tocqueville como un contemporáneo, sino que intentaremos reubicarlo en su distancia, porque la Norteamérica del

¹⁵⁰ Pp. 20-21.

¹⁵¹ P. 22.

¹⁵² *Le problème de l'incroyance au XVI^e siècle. La religion de Rabelais*, fue publicado por Albin Michel en 1942. En castellano está disponible gracias a Akal, que la ha reimpresso varias veces desde 1993.

¹⁵³ P. 22, n 23. El libro de Febvre de donde se extrae la cita es *Amour sacré, amour profane: autour de l'Heptameron*, París, Gallimard, 1944.

presidente Jackson y la Francia de Luis-Felipe no son para nosotros sociedades contemporáneas”.¹⁵⁴

La tesis que se desarrollará en todo el libro impregna ya estas páginas introductorias: el objetivo implícito de *La Democracia en América*, ya se ha dicho, sería menos describir las formas políticas norteamericanas que influir en la Francia de su época. Por ello, las cinco partes que integran la obra se dedican a desentrañar ese diálogo oculto que Tocqueville mantiene con su tiempo y con su entorno, con su aquí y ahora, tratando “de comprender al autor partiendo de aquello que nos dice y de la manera en que lo dice”, y sometiendo a Tocqueville a una disociación en facetas que facilite la construcción de un discurso lógico:

comenzaremos por el publicista (o el politólogo) que explica la noción de democracia, nos veremos entonces obligados a pedir al sociólogo que arroje más luz sobre las lógicas de lo colectivo; pero la clave de este análisis, y lo más recóndito de la obra, reside en el moralista amigo de La Bruyère y de los teóricos del “amor propio” del siglo XVII. Estaremos capacitados entonces, en la cuarta parte, para estudiar al Tocqueville “literario”, es decir, sumergido en el medio del lenguaje, de la escritura y la conversación, que le aportan ese sustento que considera vital para sobreponerse a un sentimiento de la existencia angustiado. Al reunir los mimbres trenzados por el publicista, el sociólogo, el moralista y el escritor, al reconstruir la relación competitiva que mantenía con Guizot y la deuda contraída con Chateaubriand, podremos evaluar el cariz del gran problema que, bajo distintos rostros, persiguió Tocqueville: la Autoridad será la gran prueba a la que tendrán que hacer frente los tiempos venideros; a su desmoronamiento y a las diversas formas que ya está adquiriendo.¹⁵⁵

108

En efecto, la primera parte es una más que interesante indagación sobre “¿Qué debemos entender por «democracia» en Tocqueville?”. La constatación de que la democracia, en los modernos, es noción poliforme –cometeríamos una torpeza si la consideramos simple equivalente a sufragio universal– y de que en Tocqueville adopta varios significados (se han contado hasta once, predominando los de cariz sociológico), sirve para abrir paso a tres secciones bien diferenciadas. La primera se llama “La tradición francesa a contracorriente”; la segunda, “La democracia como religión moderna”; la tercera, “La democracia como esperanza de goces materiales”. Leyéndolas alcanzamos a entender, entre otras cuestiones, como la comparación entre América y Francia es la base de la clarificación de las ideas de un joven Tocqueville que presenta el municipalismo americano en claro contraste a la centralización francesa, mostrando las diferencias existentes entre uno y otro país. Las 117 páginas de esta primera parte, cabe añadir, constituyen un ejercicio muy cercano a la historia de los conceptos (esa corriente que surgió en Alemania y que se ha extendido por toda la historiografía occidental), un ejercicio satisfactorio y en absoluto malogrado, aunque el lector poco ducho en la

¹⁵⁴ P. 22.

¹⁵⁵ Pp. 26-27.

materia haría bien, si quiere obtener una perspectiva más ajustada, en leer previamente el artículo que Pierre Rosanvallon escribió sobre la historia de la palabra democracia en la Francia moderna hace ya casi un cuarto de siglo.¹⁵⁶

La segunda parte nos pone en contacto con el “Tocqueville sociólogo: la coacción de lo social y la autoridad del colectivo”. Es bastante más corta (73 páginas) y consta de cuatro secciones: “En la esfera de Montesquieu: la analogía estado-sociedad”, “El tradicionalismo contrarrevolucionario: una polémica en sordina”, “El descubrimiento de lo colectivo” y “Tocqueville y el protestantismo de su tiempo: la persistente realidad de lo colectivo”. Jaume acierta a vestirnos a su personaje como una especie de precursor de Durkheim, de la sociología de Durkheim, ya que supo detectar en su viaje americano el carácter “social” de los individuos, pero también cómo la sociedad afecta a la individualidad, cómo la democracia modifica, por ejemplo, las relaciones entre amo y criado, cómo la todopoderosa opinión pública “acaba por penetrar –en cita textual que Jaume toma de Tocqueville– en el alma misma de aquellos cuyo interés le sería contrario; modifica su juicio a la vez que subyuga su voluntad”: “en el fondo de su alma, ni el señor ni el siervo perciben ya entre ellos disparidades profundas.¹⁵⁷ De esta manera Tocqueville descubría aquello que Durkheim habría de denominar el poder coactivo del “hecho social”. Especialmente destacable me ha parecido, por lo demás, la sección cuarta, en la que Jaume pone en relación a Tocqueville con Constant, con Vinet y con las críticas de algunos americanos, Feminore Cooper en especial, al conformismo social.

La tercera parte, de extensión parecida a la anterior (70 páginas) nos habla del “Tocqueville moralista”. En este caso las secciones en las que se divide son sólo dos, una primera de poca extensión que se titula “El moralista y la cuestión de la honestidad”, y una segunda, mucho más larga, que estudia “Los vínculos de Tocqueville con el jansenismo”. Unos vínculos que, como es sabido, fueron el objeto de las investigaciones de diversos estudiosos anteriores de Tocqueville, con Luis Díez del Corral en lugar nada secundario,¹⁵⁸ los cuales, armados con la metodología de la vieja historia de las ideas (aquella empecinada en buscar precedentes e influencias entre autores distintos sin atender demasiado a sus contextos), lograron sin embargo iluminar la relación entre las meditaciones tocquevillianas y los pensamientos de Blaise Pascal. No es extraño, pues, que esta sección se cierre con un apéndice en que Jaume

¹⁵⁶ “Histoire du mot démocratie à l’époque moderne”. *La Pensée Politique*, 1, abril de 1993, pp. 11-19. Hay una traducción al castellano hecha en Colombia, “La historia de la palabra «democracia» en la época moderna”, *En publicación: Estudios políticos*, n° 28, enero-junio 2006, pp. 9-28.

¹⁵⁷ P. 199.

¹⁵⁸ En febrero de 1965, es decir, un par de años después de la publicación por la *Revista de estudios políticos* del primer artículo de Mayer ya comentado, Díez del Corral dedicó su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas nada menos que a *La mentalidad política de Tocqueville con especial referencia a Pascal*. El discurso fue publicado por la propia Academia en ese mismo año.

nos presenta a Tocqueville ofreciendo su amistad a Sainte-Beuve, el autor de *Port-Royal*, el principal libro que se escribió sobre el jansenismo en aquellos tiempos, y a éste cerrándose, por motivos sin duda personales, a esa amistad y contentándose “con destilar acerca de Tocqueville observaciones ácidas, y a menudo perspicaces.”¹⁵⁹ Antes de eso, en el resto de esta tercera parte, que es quizá la más difícil de leer para cualquiera que no esté familiarizado con el jansenismo francés (una familiaridad que es raro encontrar fuera de Francia), lo que se nos propone es a un Tocqueville rico de reflexiones morales y que usa un “arte de escritura” de inequívoco “espíritu jansenizante”,¹⁶⁰ mediante el cual aspira a convencer a sus interlocutores.

La cuarta parte se titula “Tocqueville y la literatura: la lengua democrática sin autoridad declarada” y ocupa 81 páginas. También consta de dos secciones, que en este caso vienen precedidas por una introducción: “Tocqueville, analista de una política de la lengua”. La primera sección se llama “Resistir al lenguaje en sus tendencias democráticas”; la segunda sección, “Tocqueville en el debate sobre literatura y sociedad”. Por un lado, Jaume analiza la actitud del Tocqueville “lingüista” en relación a las presiones a las que estaba expuesta la lengua francesa en una coyuntura histórica plagada de cambios. Por el otro, se trata de una visita al Tocqueville que aspiraba a “ser escritor” (y vaya si lo era), se preocupaba por las cuestiones de estilo (suyo y de otros) y tomaba posiciones, en ocasiones nada exentas de ambivalencia, en la controversia literaria en aquellos años de triunfo del romanticismo.

La quinta parte se centra en “Los grandes contemporáneos, modelos y antimodelos”, y es la que más me ha gustado. De hecho, me ha resultado una lectura tan absorbente que recomendaría leer el libro de Jaume aunque fuera sólo por estas cien magníficas páginas. En la sección primera, “Tocqueville y Guizot, dos concepciones de la autoridad”, Jaume confronta la manera de entender el gobierno de estos dos colosos del pensamiento político que no se conformaron con escribir sobre política, sino que se metieron en política hasta más arriba de los codos. Ya hemos dicho que Tocqueville fue numerosas veces diputado y llegó a ministro – fugaz: cinco meses– de Asuntos Exteriores de la Segunda República Francesa. Guizot, recordémoslo, no se conformó con calentar su asiento en la cámara legislativa ni en alcanzar varias veces el rango de ministro: llegó a ser el político más influyente de la monarquía de Luis-Felipe de Orleans, a presidir el Consejo de Ministros, y a representar, a fin de cuentas, el nudo central de la red contra la que los franceses se levantaron violentamente en 1848 (esa revolución “democrática” que echó a Guizot y a su gente). El burgués Guizot, apóstol del sufragio censitario y del gobierno “representativo” que da sin ningún tipo de vergüenza el poder a los ricos, liberal doctrinario hostil a la democracia y que considera la

¹⁵⁹ P. 297.

¹⁶⁰ P. 292.

soberanía del pueblo un absurdo, vástago por cierto de un largo linaje de hugonotes, y el aristócrata Tocqueville, liberal de otro tipo (un tipo de liberalismo “antiburgués” impregnado de nostalgia por los valores aristocráticos) que ha asumido que el futuro es de la democracia (lo que implica “dispersar los medios del gobierno de todos para todos”),¹⁶¹ descendiente de una familia católica que había llegado a ser (que era todavía) una de las más encumbradas de Francia, forman una extraña pareja definida por sus desencuentros, por sus discrepancias de fondo sobre la autoridad vertidas en una esfera pública bulliciosa y dinámica que ambos comparten. Es en esta sección, de lectura bien estimulante, donde *La Democracia en América* cede un poco el protagonismo a la otra gran obra de Tocqueville, *El Antiguo Régimen y la Revolución*. No es extraño. Guizot era un historiador profesional que puso su saber al servicio de la política. Tocqueville encontró en la historia otro espacio de reflexión que podía servir de piedra de toque a la manera de entender el mundo que había madurado a partir de su viaje norteamericano. Guizot siempre vio en Tocqueville a un moralista más que a un historiador. Sin embargo, los historiadores recientes (y no sólo François Furet) parece ser que han leído más a Tocqueville que a Guizot...

La segunda sección, “Figuras tutelares. De Malesherbes a Chateaubriand”, es complementaria de la anterior y tan estimulante como aquella. Porque es en esta sección donde se anuda con solidez el hilo del liberalismo tocquevilliano a su base aristocrática, es decir, donde se consigue enraizar esa especie de liberalismo “antiburgués” que acepta la inevitabilidad democrática en un humus encopetado y nada plebeyo del que Tocqueville se distanció sin negarlo. Éste “contó en su juventud – anota Jaume– con un entorno de espíritu enteramente monárquico e incluso legitimista”.¹⁶² Luego optó por alejarse de las ideas de ese entorno para adoptar otras claramente contrarias: “He roto con una parte de mi familia –escribió a un amigo–, con afectos queridos y recuerdos preciosos para abrazar la causa de las ideas del 89”.¹⁶³ Esa ruptura fue vista por él mismo como un sacrificio exigido por sus opiniones, unas opiniones que conquistó en un combate contra sí mismo y contra su círculo social más próximo y que desembocó en su trabajo de escritura, en sus libros. Pero en ese combate, en ese desapego de su ambiente primigenio, ni todo se rechazó, ni todo se perdió por el largo y tortuoso camino. Al contrario. El diálogo entre Tocqueville y “los suyos” (incluyendo aquí a su padre, a sus hermanos, a su primo Louis de Kergorlay...) se mantuvo con altibajos a lo largo del tiempo, y por eso es tan relevante el uso que hace el profesor Jaume de la correspondencia cruzada entre ellos.

Es en ese diálogo donde podemos apreciar qué permaneció en Tocqueville de los valores imbuidos en su infancia, o lo que es lo mismo, por qué Jaume puede hablar de “los orígenes aristocráticos de la libertad”. La relación intelectual que mantuvo con algunas figuras de su familia es

¹⁶¹ P. 385.

¹⁶² P. 444.

¹⁶³ P. 445.

esencial para entender la propia evolución de sus ideas. Por una parte, el peso de la memoria del bisabuelo Malesherbes en el pensamiento de Tocqueville. Su madre era nieta de aquel gran personaje del siglo XVIII, pero fue su padre, Hervé de Tocqueville, quien lo convirtió en un “verdadero personaje totémico del clan familiar”.¹⁶⁴ No hay que sorprenderse de que Alexis reivindicara en más de una ocasión su filiación con su egregio antepasado, ni que considerara que había escrito lo que había escrito precisamente por ser su descendiente: Malesherbes fue un ilustrado que unió en su persona lo mejor de las luces (la libertad de espíritu, la protección de los enciclopedistas, la defensa de los judíos y los protestantes) con la fidelidad a Luis XVI, del que se ofreció a ser abogado durante la Revolución, muriendo, como se dijo, guillotinado. Tampoco cabe asombrarse de la cercanía entre Tocqueville y otro colosal escritor de su época, Chateaubriand, que formaba asimismo parte de su círculo familiar y que también había visitado en su juventud unos Estados Unidos acabados de nacer:¹⁶⁵ uno y otro hubieron de afrontar la misma dificultad, “aceptar la «democracia» pero hacerlo sin entusiasmo, querer la libertad pero rechazando el poder del dinero, aspirar a una elite ilustrada que eleve la instrucción y el bienestar del pueblo, y detestar sin embargo a la burguesía...”.¹⁶⁶ La deuda intelectual que Tocqueville contrajo con su pariente Chateaubriand queda perfectamente iluminada en esta última sección.

Dejando a un lado los anexos, el libro se cierra con unas conclusiones organizadas en dos epígrafes: “¿Dos democracias o dos despotismos?” y “Sobre la igualdad: la mirada de un moralista aristócrata”. La escritura de Tocqueville en *La Democracia en América*, sostiene Jaume al final de su largo recorrido, no es “la de la imparcialidad, sino la del conflicto y la tensión”. Gracias a la posición adoptada, Tocqueville “corre el riesgo incluso de dejar descontento a todo el mundo. No es imparcial, sino inclasificable”. Con lo que se comprende, prosigue Jaume, “por qué la derecha, en los siglos XIX y XX, no podrá sentirse satisfecha” con la interpretación de Tocqueville, acusando a su libro de ser “demasiado complaciente para con los mitos progresistas (los derechos del hombre, la ley del progreso, la moral en política)”. No es de extrañar que un reaccionario prefascista como Maurras considerara “pernicioso” a Tocqueville. Pero también la izquierda desconfiará de él y se irritará ante el “hombre que describe de manera semejante la dialéctica de la libertad y la servidumbre”, una dialéctica en que la libertad, que está “en el origen

¹⁶⁴ P. 449.

¹⁶⁵ Jaume explica (p. 450), que un hermano de Chateaubriand estuvo casado con una hermana de la madre de Tocqueville, y que el matrimonio murió guillotinado dejando dos hijos. Estos fueron educados por los padres de Tocqueville, junto a sus tres propios hijos, en el castillo de Verneuil-sur-Seine (que había sido de una hermana de Malesherbes que también murió en la guillotina), “donde Chateaubriand venía a encontrarse con sus sobrinos y sus sobrinos políticos; jugaban, hacían teatro (una verdadera pasión familiar que Alexis conservaría siempre) o leían en voz alta extractos de libros recientemente publicados, según el testimonio de Tocqueville”. Sobre la juventud de Chateaubriand y su viaje a Estados Unidos en 1791, se puede ver la referencia que hace Michel Winock en *Las voces de la libertad*, p. 41.

¹⁶⁶ P. 478.

del desarrollo económico”, hace aumentar el gusto por los “goces materiales”, los cuales “exacerban la igualdad imaginaria”, que a su vez engendra un retorno bien visible “del centralismo administrativo de minuciosas reglamentaciones, la vigilancia generalizada entre los individuos, así como entre el Estado y los individuos”.¹⁶⁷

¿Libro extraordinario, como asegura un coro de voces de recensionistas satisfechos, u obra superflua, como sostiene Hugh Brogan? Ya he avanzado antes un ni tanto ni tan calvo, pero dotado de pelo: de bastante pelo, cabe añadir. Trataré de aclarar por qué. En primer lugar, repetiré que el volumen de Jaume es un dechado de erudición, un buen ejercicio de contextualización de un autor y su obra acorde con las corrientes más en boga de la actual historia del pensamiento político y, quizá, la obra más completa y mejor documentada sobre las ideas de Tocqueville que ha visto la luz en los últimos tiempos. Pero Brogan hablaba de “moho” ideológico: Jaume, si he entendido bien la reseña del historiador inglés, interpretaría a Tocqueville como situado en la línea tradicional del pensamiento católico, asimilándolo a la derecha francesa. No lo tengo tan claro. Quizá no soy capaz de leer entre líneas con la misma perspicacia que el ácido crítico inglés, pero al rastrear los orígenes aristocráticos del pensamiento tocquevilliano no veo que Jaume nos ofrezca un Tocqueville especialmente reaccionario, sino más bien uno *à la* Tesini (que, por cierto, es el autor que aparece en la última cita del volumen jaumiano), es decir, moviéndose entre la izquierda y la derecha y, por ello, difícil de clasificar. Lo que no es óbice para que las páginas escritas por Jaume sí que puedan ser fácilmente deglutibles por la visión liberal-conservadora dominante en los últimos tiempos en los estudios sobre Tocqueville, a la que ya he calificado más arriba de voraz. Para esta corriente, lo que no mata, engorda.

Otra cosa diferente, que también está apuntada en la crítica de Brogan, es si el punto de vista que adopta Jaume es realmente original. Sostener que, al describir la democracia norteamericana, Tocqueville pensaba en Francia, no es ni novedoso (la misma carta de Silvestre de Sacy que Jaume ofrece como anexo ya lo advierte en 1840: el título del libro de Tocqueville es “engañoso” porque trata del “futuro de la democracia en el mundo, y más en particular en Francia”)¹⁶⁸ ni asunto reservado a “neoliberal-conservadores”, menos aún conectar las ideas de Tocqueville con sus raíces aristocráticas. Isidre Molas, catedrático de Ciencia Política de la Universitat Autònoma de Barcelona, sin ir más lejos, ya tituló hace un cuarto de siglo un *working paper* que circuló en inglés *Alexis de Tocqueville: The Traditionalist Roots of Democracy*.¹⁶⁹ Y el profesor Molas no es precisamente un hombre de la FAES, sino un activo político socialista catalán –y catalanista– con una dilatada carrera de parlamentario (diputado autonómico, senador, vicepresidente del Senado...) a sus espaldas. Ahora bien, creo que es mérito de Jaume haber

¹⁶⁷ Pp. 490-491.

¹⁶⁸ P. 495.

¹⁶⁹ Institut de Ciències Polítiques i Socials, Barcelona, 1990.

documentado como nadie antes lo había hecho ese engarce entre indagación sobre América y meditación sobre Francia y esa trabazón entre el humus aportado por los orígenes aristocráticos de Tocqueville y el despliegue de sus ideas maduras sobre la democracia, sobre sus virtudes y sobre sus peligros. En ningún caso me parece, por tanto, un libro prescindible.

¿Y qué decir de la manera de escribir del profesor Jaume? ¿Tiene “la altivez hueca de una encíclica papal” e “insulta la memoria de Tocqueville, un escritor enormemente atractivo”, como denuncia Brogan? La verdad es que no he leído encíclicas papales, pero sí a Alexis de Tocqueville, y, en mi opinión, es cierto que la elegante prosa de éste último ha de ser considerada como bastante mejor. Pero no sé si ser incapaz de redactar tan bien como el autor que se estudia significa insultarlo. No negaré que la lectura del libro de Jaume me ha resultado pesada. E incluso, en ocasiones, muy pesada. Son muchas páginas (recordemos: pasa de quinientas), a veces muy densas y muy entrecortadas por citas. Y son tantos los contemporáneos de Tocqueville a los que se hace referencia que un lector que no sea un experto en el pensamiento francés de la primera del siglo XIX e incluso anterior (sobre el jansenismo en especial) puede tener dificultades para seguir el hilo de la exposición e incluso extraviarse fácilmente. No escasean los momentos brillantes ni los párrafos agradables, pero el estilo, en general, peca de plomizo, de cansino (o, al menos, esa es la sensación que me ha asaltado algunas veces), a pesar de que sería una exageración decir que el libro se cae de las manos. Sin embargo, no son tantos los politólogos, historiadores, filósofos o sociólogos de primera fila cuya escritura merezca alabanza por atractiva y amena, a la par que por informada y precisa. No todo el mundo alcanza la excelencia literaria de, pongamos, un Georges Duby. A los estudiosos hay que pedirles orden en sus escritos, coherencia en sus argumentos y capacidad suficiente de comunicación, no que aspiren al premio Nobel de Literatura (que, de todos modos, sí que ha recaído alguna vez en un historiador). Tampoco esperamos, cuando vamos a escuchar una conferencia académica, que el orador se comporte como si fuera un monologuista en *El club de la comedia*.

El trabajo de la traductora del libro al castellano no me parece, de ningún modo, la razón de esa pesadez. Supongo que Brogan leyó la versión inglesa de Goldhammer, traductor experimentado como se señaló, por lo que el problema del estilo debe de estar en el original francés. Tecnos ha optado por encargar la traducción española a Nere Basabe, que no es exactamente una traductora al uso, sino una experta politóloga bilbaína que, entre otras cosas, ha llegado a trabajar como investigadora en Sciences Po y está especializada en la historia intelectual francesa del siglo XIX. Y que también ha descollado por sus inquietudes literarias (si estoy bien informado, escribe novelas). No siempre sale bien eso de poner a traducir un libro a un entendido en la materia, aunque así se facilita que se eviten ciertos errores, tanto factuales como conceptuales, en que suelen incurrir los traductores ayunos de ese saber específico. Pero

en este caso, insisto, y todavía más conociendo las buenas credenciales literarias de Nere Basabe, no creo que la causa de la falta de amenidad haya que buscarla aquí. Por otro lado hay que agradecer a Tecnos la iniciativa de publicar la traducción de un volumen de semejante enjundia. A menudo este tipo de obras académicas no tienen tanta suerte, con lo que la capacidad de fertilizar el campo de estudio de cualquiera de ellas más allá de los que pueden leerlas en su idioma original queda disminuida o cercenada. ¿Soy el único que lamenta, por ejemplo, que en su día nadie se atreviera a traducir un libro como *Le moment Guizot*, de Pierre Rosanvallon, y que haya sido necesario esperar nada menos que treinta años para que aparezca una versión bonaerense?¹⁷⁰

En fin, si Tocqueville merece seguir siendo leído haríamos bien en tener en cuenta la aportación de Lucien Jaume nos guste o no nos guste su manera de redactar. Haríamos bien igualmente en no ignorar que aquél era un hombre de su tiempo y escribía pensando en –y para– un grupo muy concreto del que formaba parte: las clases dirigentes de la Francia coetánea. Al describir la democracia norteamericana para sus divididos compatriotas –divididos sobre las formas políticas convenientes al presente, sobre la interpretación de un pasado marcado a fuego por la revolución de 1789 y la expansión napoleónica, y sobre un futuro que se avistaba desde atalayas que resumían valores, esperanzas y miedos enfrentados–, Tocqueville reflexionaba ante todo sobre Francia, sobre los “males” de Francia. Algo en lo que Jaume, sin ser, como se ha dicho, por completo original, lleva toda la razón.

Aristócrata de rancios abolengos, nacido con una cuchara de plata en la boca, Tocqueville pudo viajar al otro lado del Atlántico en compañía de Gustave de Beaumont porque disponía de la fortuna y los contactos políticos necesarios. Su origen social, su formación, las experiencias acumuladas en su país en unos años convulsos (la revolución de 1830 lo pilló con veinticinco años) y de gran trascendencia para la configuración del ideario liberal-demócrata, se anudaron con las experiencias acumuladas en el periplo que lo llevó hasta los lejanos Estados Unidos para proporcionarle, junto a su innegable talento, las condiciones de posibilidad requeridas para perfilar, mediante un deslumbrante trabajo de escritura, la originalidad de su pensamiento, un pensamiento que, insistimos, se anclaba al aquí y ahora y tenía como trasfondo la Francia en transición que era motivo de sus desvelos. El sociólogo mexicano Roger Bartra se preguntaba en un breve artículo sobre *La Democracia en América* “si acaso fue necesaria la sensibilidad de un aristócrata para entender las costumbres democráticas de una manera tan aguda y penetrante”.¹⁷¹ Tras leer a Jaume parece también atinado preguntarse si fue necesaria la sensibilidad de un espectador de la democracia americana para entender con agudeza y penetración la irreversibilidad del ocaso de

¹⁷⁰ El libro francés lo publicó Gallimard en París, 1985. La traducción castellana, realizada por Hernán M. Díaz, ha visto la luz en 2015 en Buenos Aires, Editorial Biblos, con el título *El momento Guizot. El liberalismo doctrinario entre la Restauración y la Revolución de 1848*.

¹⁷¹ “Democracia e instintos aristocráticos”, p. 77.

la aristocracia europea. A causa de la dicotomía que se puede establecer entre sus raíces nobiliarias, nunca esquivadas, y su asunción crítica de la democracia, Tocqueville nos aparece como una especie de Jano bifronte: con una cara mira al pasado, al declive del mundo aristocrático del que procede y del que no reniega; con la otra otea el futuro que percibe en la frescura de la democracia americana. Pues bien, quizá el mayor mérito del libro de Lucien Jaume sea fijar sólidamente ese Jano a su tiempo y su espacio, a su medio ambiente intelectual, no limitarse a buscar y hallar “atisbos” sociológicos.

Me parece muy bien, por tanto, que Jaume rechace tratar a Tocqueville como “nuestro contemporáneo” y que restituya *La Democracia en América* a su época y a los problemas que entonces se planteaban, que no trate a esa obra a la manera de la hermenéutica filosófica más ahistórica (o antihistórica), cayendo en aquello que Pierre Bourdieu llamó “la lectura litúrgica” que “permite asegurar a los textos canónicos la falsa eternidad de un embalsamamiento ritual”.¹⁷² Si historiar es, en buena medida, contextualizar, ese rechazo y esa restitución constituyen los nervios del trabajo de un historiador, no el de un simple lector con vocación de exegeta. Porque, como escribió el mismo Bourdieu, “los efectos de la canonización” son una “eternización que deshistoriza”. Y porque “uno de los tópicos más manidos del discurso de celebración de los «clásicos», que tiene como efecto relegarlos al limbo”, o lo que es lo mismo, que lleva a considerarlos “como si estuvieran fuera del tiempo y del espacio”, muy alejados, en cualquier caso, “de los debates y los combates del presente”, consiste de manera paradójica, según este gran sociólogo galo, “en describirlos como nuestros contemporáneos y nuestros próximos más allegados”, tan próximos y tan contemporáneos que “ni por un instante ponemos en duda la comprensión en apariencia inmediata”, aunque en realidad está mediatizada por toda nuestra formación, “que pensamos tener de sus obras”.¹⁷³

Sin duda, muchos de los valores intelectuales e incluso cívicos que encontramos en Tocqueville pueden ser entendidos como “nuestros” (es decir, como los que se suponen predominantes al menos en las sociedades formalmente democráticas de nuestros días). Por eso podemos, quizá, tenerlo por “uno de los nuestros” (de todos los demócratas, claro, no sólo de los “liberal-conservadores”). Pero, hacer de él nuestro contemporáneo apenas es un poco menos estúpido que ataviar a Platón o a Maquiavelo con pantalones vaqueros. Sus textos están a nuestro alcance y nos pueden ayudar tanto a pensar nuestro presente y nuestro futuro como a repensar nuestro pasado (y por ahí no iba desencaminado Jacob Mayer), pero no estamos autorizados a usarlos como si no correspondieran a un tiempo histórico que ya no es “el nuestro”: el pasado es un país extraño, allí las cosas se hacen –y se piensan– de otra manera. Pese a la exageración en la que a menudo se incurre cuando se habla del genio prospectivo de

¹⁷² *Meditaciones pascalianas*, p. 67.

¹⁷³ *Meditaciones pascalianas* p. 113.

Tocqueville (ya que sus más conspicuos admiradores suelen obviar los cabos sueltos que éste dejó en sus escritos, sus múltiples “atisbos” fallidos), estamos en mejores condiciones de apreciar su perspicacia y de sacar provecho a su hondo viaje intelectual cuando nos lo apropiamos convenientemente rehistorizado, esto es, extraído del limbo al que se refería Bourdieu, desembalsamado, que es de algún modo lo que hace Lucien Jaume en su libro. Es así, “deseternizadas”, como, a mi parecer y aunque resulte chocante, las ideas de Tocqueville pueden seguir abriendo caminos en y para la reflexión política, seguir combatiendo en el presente. La capacidad de un pensador de trascender su aquí y su ahora no anula el que su horizonte fuera ese aquí y ese ahora que nos son por completo ajenos, no la atemporalidad ni tampoco un porvenir desconocido y remoto. Entenderlo bien –y sin entenderlo bien resulta arriesgado esgrimirlo en un debate– obliga a respetar al autor en su circunstancia histórica. Y exige, por tanto, que lo situemos en ese horizonte que nos es extraño, pero que condiciona la utilización posterior de unas ideas con partida de nacimiento, unas ideas que no surgieron, por generación espontánea, en el interior de una cabeza entendida como capsula hermética.

No hay que olvidar, por consiguiente, que el mundo (y en su seno tanto Francia como los Estados Unidos) ha cambiado mucho desde aquellos tiempos de Maricastaña en que Tocqueville vivió. Nuestras ciencias sociales han dejado de estar en mantillas. La base humana de la democracia se ha ampliado y ya no es la misma (la democracia americana descrita por Tocqueville, que excluía *de iure* y *de facto* a las mujeres y a los no blancos, no dejaba de ser una amplia oligarquía patriarcal de orígenes europeos). Y no es tampoco idéntica la capacidad real de autogobierno de los individuos agregados en forma de sujeto político soberano: en un mundo como el nuestro, desigual y complejo, amenazado por una globalización sin corazón ni alma, colmado de instituciones supraestatales, con sus encumbrados centros políticos –cada uno con su propia “casta”– y sus periferias impotentes, con sus indiscretos poderes fácticos y sus activos grupos de presión no elegidos, con sus tecnócratas tan inasibles como inescrutables (esos “hombres de negro” que en tantos lugares dan miedo), en un mundo dominado por unos misteriosos “mercados” crecientemente desregulados que operan de acuerdo a las conveniencias económicas de poderosos fondos de inversión especulativos y de corporaciones transnacionales y “anónimas”, y que Tocqueville jamás atisbó, ¿hasta qué punto se puede afirmar que la democracia es la forma que rige los asuntos públicos? ¿Qué hay de verdad y qué hay de ficción en tal afirmación? ¿No es la democracia una apariencia fantasmagórica más que una realidad incuestionable? ¿Cuántas decisiones que me afectan a mí y a mis vecinos se toman en Bruselas, en Berlín, en Londres, en Washington, en Singapur, en Dubái, en Hong Kong (e incluso en Roma) sin que yo ni mi voto, ni mis vecinos y sus votos, tengan capacidad siquiera –o nada más que una capacidad ridícula– de condicionarlas? Admiramos o no a Tocqueville, su acervo

ideológico únicamente puede ser utilizado de manera oblicua para encarar cuestiones de ese calado. Más que sus “atisbos”, siglo y medio después de su muerte lo más encomiable de él sigue siendo, a mi modo de ver, su capacidad de controlar los prejuicios, su ejemplar finura analítica, su actitud curiosa y abierta, su altura de miras, también su posición moral.

En filosofía política, en politología, en historia del pensamiento, y en tantas otras ramas del saber, seguimos escribiendo libros que hablan de libros, y eso constituye una operación esencial del trabajo intelectual. Por tal razón hay obras como las de Alexis de Tocqueville que, canonizadas, no podemos dejar de releer y de reevaluar. Y necesitamos a expertos que las releen, las reevalúen y aclaren su génesis y su influencia con hondura y tino. Porque las ideas vuelan a través del tiempo y son susceptibles de nuevas apropiaciones, de giros y cambios de sentido, de reactualización. Ahora bien, no matemos por segunda vez a los muertos. Aprender esas ideas descontextualizadas, destemporalizadas, embalsamadas, nos puede llevar por mal camino: siempre se paga un precio, el del anacronismo, por desconocer que sus autores vivían otros tiempos y otros problemas, que su mundo no era el nuestro, que por sí solos no pueden darnos las respuestas a las cuitas de un presente repleto de incertidumbres. Nos pueden servir de muletas hasta cierto punto, pero hemos de ser nosotros los que hemos de hacer el esfuerzo de mirar para disipar la niebla y caminar trabajosamente hacia un futuro ignoto y siempre en fuga. Si el historiador es un extranjero en el pasado, las gentes del pasado son asimismo extranjeras en cualquier presente. Insistir en la “contemporaneidad” de Tocqueville sólo se puede dejar pasar, por ello, como una mera estrategia para vender libros y difundir artículos dedicados a su vida y obra. Lo que no significa que no sea cierto, evidentemente, que Tocqueville “todavía da que hablar”,¹⁷⁴ y que merezca por muchos años seguir haciéndolo. Sean bienvenidas, pues, las aportaciones que, como las que han motivado nuestro comentario, contribuyen a que lo conozcamos mejor, a consolidar su reputación y a mantener un hilo abierto con su voz.

¹⁷⁴ MICHEL WINOCK, *Las voces de la libertad*, p. 250.